

"Del ser mexicano y de la historiografía de la Revolución" p. 215-220

Conciencia y autenticidad históricas Escritos en homenaje a Edmundo O' Gorman

Juan Antonio Ortega y Medina (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas Facultad de Filosofía y Letras

1968

436 p.

Figuras

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/114/conciencia autenticidad.html



D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Eugenia W. de Meyer DEL SER MEXICANO Y DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN

Cuando la historia de México se enfrenta a la cruda realidad del fracaso por imitación, su ser político y social se ve en la necesidad suprema de crear algo propio, nuevo. Esta necesidad creativa sólo viene a realizarse en forma plena con la revolución: con una nueva constitución que intentaba en 1917 satisfacer necesidades propias, individuales, nacionales. Ahora bien, a México le costó tres siglos de *imitación hispana* y un siglo, tomar como arquetipo al nuevo país de los Estados Unidos de Norteamerica o a Francia para poder aceptar la realidad de que no podía copiar o adoptar formas extrañas, ajenas y que le era menester crear algo que satisficiera sus necesidades básicas y fundamentales.

Ya a mediados del siglo xix se vio que la Constitución de 1824, "a imagen y semejanza" de la de los Estados Unidos de Norteamerica, no servía ni satisfacía las necesidades de México. Luego del trivial y caduco Imperio y con la dictadura porfirista, se intentó en una u otra forma imitar, esta vez a Francia. Ahora bien, preguntémonos hasta qué punto el deseo de imitación viene a sustituir la falta de inspiración, de iniciativa, de ambición o de propia seguridad en el deseo de crear. ¿Era simplemente una actitud abúlica por no hacer algo propio, o de hecho faltaban los elementos fundamentales para lograrlo? ¿Existe acaso un destino manifiesto del mexicano que le impide llegar a progresar bajo normas propias?

La compleja historia de México nos da la respuesta. Ante todo se requiere de un ente nacional. Y si aceptamos que existe el ser mexicano, es menester definirlo como el resultado más palpable de nuestra evolución, de nuestra historia. Es una compleja combinación, o como dijera Justo Sierra: "el resultado de un proceso histórico" que deja de entenderse como concepto fisiológico para

¹ Sierra, Justo. La evolución del pueblo mexicano. La Casa de España en México. México. 1940.



216 Eugenia W. de Meyer

adquirir identidad histórica y que en forma definitiva viene a consolidarse con la revolución.

A través de la historia de México, su poblador —para no usar ya un término definitivo— hubo de mezclarse con razas extrañas; asimiló culturas e ideas diferentes y poco a poco fue necesario igualmente buscarle un nombre.

Por ello concebimos al mexicano como el resultado de los cambios y transformaciones que el ser indígena de México sufrió a partir de la conquista; luego la independencia para tras la revolución, adquirir identidad propia.

A saber, este individuo al que nosotros conocemos como *mexicano*, tiene igualmente dos identidades: una, que podríamos llamar "de dentro", íntimamente ligada a la conciencia de nacionalidad y que en muchos casos, fruto de ignorancia o falta de cultura, lleva a extremos que producen un falso patriotismo.

La otra identidad, la que podríamos definir como "desde fuera", es el concepto que culturas extrañas a nosotros tienen del mexicano como ser, como entidad, como unidad, y que en innumerables ocasiones y en forma equivocada identifican como sinónimo de revolución.

Esta breve meditación introductoria nos lleva a nuestro tema de interés: la historiografía de la revolución.

Si partimos de la premisa de que la revolución, aunque no ha concluido, puesto que no ha resuelto todos sus principios e ideales se ha transformado de ser una actividad violenta para convertirse en un proceso de *evolución* que en forma más tranquila y más madura también, ha logrado resolver necesidades de tipo político y social.

La historiografía de la revolución debe ser —creemos nosotros la historia de ese nuevo ser, nuevo pueblo, nueva idea psicosocial; debe ser la historia del mexicano, entendido ya como tal.

Ahora bien, la pregunta que se nos ocurre es: ¿acaso la revolución está aún tan próxima, tan fresco el muerto, que hacerle ahora una autopsia se antojaría como profanación?

Pero no, seamos realistas; debemos empezar en forma seria a ocupamos de ese cúmulo enorme, vasto y complejo que encierra por igual historia de banderías, historia de excusas, o historia explicativa; todo ello, material valiosísimo que con seguridad traerá por ende una evaluación más justa, menos pasional del movimiento revolucionario de 1910.

Uno de los primeros problemas a resolver es lograr la separación total de la idea de revolución como un proceso histórico, de la idea de revolución, tan trillado y frecuentemente usado como



móvil político; y si aceptamos que la revolución "no es un fenómeno de generación espontánea", es decir, si no podemos cortar sus vínculos con el pasado, el material aumenta, la labor del historiador se complica aún más ya que no por ello deja de tener por sobre todas las cosas una cualidad innegable que convierte al ser mexicano en producto de un proceso histórico, en una posibilidad siempre abierta, siempre en trance de realizarse.

La revolución tiene vínculos profundos con el México prehispánico; con el de la conquista y luego con el de la colonia; pero sobre todo con el México independiente, y es de aquí de donde debemos partir.

Las dos corrientes fundamentales que afectaron la vida histórica del México independiente: liberal, de volver a los orígenes indígenas-mexicanos, y la conservadora, que añoraba lo español y por ende lo sobreevaluaba; corrientes vigentes a todo lo largo del periodo independiente, debieron influir para manifestarse en forma por demás significativa al romperse el ciclo décimononechesco con el inicio de la revolución.

Edmundo O'Gorman señalaba al referirse a los problemas presentes: "la Revolución Mexicana cambió de signo en la comprensión del devenir histórico". 2 Es decir, la revolución deja ya de preocuparse de problemas de organización política en forma exclusiva para dar lugar a que se originen raíces de mayor hondura y profundidad histórica y pragmática: la justicia social, la reforma agraria; la legislación del trabajo, etcétera. Todo ello, provoca que la definición del ser mexicano alcanzada por el liberalismo entre en crisis y "es precisamente en esa crisis, desde donde se localiza la nueva perspectiva que obra, donde hemos de ver el logro fundamental del régimen revolucionario dentro del campo de las tareas históricas". 3

La revolución cambia la idea de cómo se venía entendiendo al ser y a la historia de México, pues al ocuparse de la justicia social abría la comprensión del ser mexicano como un haz de posibilidades "o si se prefiere como un quehacer, no como un legado, ni como una especie de entidad mística respecto a la que sólo podemos ligarnos con una lealtad incondicional ... sino como una suprema responsabilidad común". 4

La historia de la Revolución Mexicana presenta a nuestro juicio dos corrientes fundamentales: la primera, que se ocupa de

² O'Gorman, Edmundo. La historiografía en México: cincuenta años de revolución, México, Fondo de Cultura Económica, 1960-62, vol. 4, p. 217. 3 Ibidem.

⁴ Op. cit., p. 220.



218 Eugenia W. de Meyer

las causas o motivaciones fundamentales que provocaron el "desastre" o accidente natural en el devenir histórico del ser mexicano; es decir, de su justificación explicativa que permitiera conceptuar este nuevo movimiento armado como de predestinación: por ende, aceptarlo como una necesidad ineludible.

Una segunda historia, o corriente histórica, igualmente fundamental, escrita por extranjeros que en un momento dado, al mostrarse menos pasionales, lograrán mayor objetividad. Esta historia, la que intenta servir de material didáctico a extraños, posee una cualidad que podría a la vez conceptuarse como un marcado defecto: puede resultar tan extremadamente parcial, que en un momento dado encontramos obras que ensalzan en forma hasta molesta a una determinada figura política o por el contrario la atacan destructiva e inmisericordemente.

La posibilidad de tener acceso a ambos tipos de material y un conocimiento a priori de los sucesos en lo estrictamente cronológico dará al historiador la oportunidad de poder encontrar una realidad más profunda, más clara y menos compleja, y que, en última instancia, permita llegar a responder qué ha sido, qué es hoy en día el ser del mexicano; cómo se le entiende en función del México actual.

En la medida en que la tarea historiográfica logre lo que a nuestro juicio representa la preocupación histórica de la historia contemporánea: comprender la responsabilidad que implica el ser consciente de quiénes somos como unidad, como finalidad ontológica, ésta se habrá realizado plenamente.

Aceptemos que la historia contemporánea de México ha logrado ya sacudirse de algún posible pesimismo providencialista; la historia de la revolución, es el hombre de la revolución, es él quién hace y forma parte de su devenir nacional.

El mexicano, con esta lucha, dejó de ser una creación nueva, para convertirse en un adolescente que tras las primeras actitudes de libertad busca ahora en aras de una madurez, meditar y profundizar en sus necesidades. Es decir, toma conciencia de sí mismo.

No dudemos que el proceso de madurez puede resultar tan largo y doloroso como lo fue el de gestación o de independencia; pero ya se ha iniciado, y con ello el régimen revolucionario ha dado ya el paso decisivo en el cumplimiento de su alta misión.

Este sentimiento, que hace al historiador joven e inexperto consciente de su "deber histórico"; que le permite observar a priori los campos y material en el cual deberá desenvolverse, por fuerza —creemos— debe proporcionar perspectivas distintas de cómo se venía entendiendo tradicionalmente la historia de México.

DEL SER MEXICANO Y DE LA HISTORIOGRAFÍA

Un poco con ese sentido fatalista del indígena, luego del mestizo y del criollo mismo que no logró desentenderse del todo del castigo final de México por buscar una autonomía de la madre patria e incluso de la propia tutela eclesiástica.

Es fundamental igualmente hacer referencia a la necesidad de dejar de hacer historia de héroes y batallas para ocuparnos un poco más del hombre y su circunstancia histórica. En parte transformar en algo la idea de que México, su pueblo, ha hecho su historia siguiendo a hombres, llámeseles caudillos, próceres, mártires, líderes, para obligarnos, a fuerza de la necesidad de madurar, a buscar en última instancia una historia más plena de ideología, menos personalista.

Con la revolución armada sobrevino inevitablemente una revolución ideológica. El mexicano del siglo xx busca raíces más suyas, más propias, y con ello dio por fruto una filosofía que intenta expresar ya una vigorosa conciencia nacional: se preocupa de la realidad mexicana. Se busca dignificar al mexicano y, sobre todo, darle una mayor categoría humana. Intenta de una vez por todas extirpar de raíz el tradicional sentimiento de inferioridad en la conciencia del pueblo.

Si aceptamos que la revolución hizo que México volviera a su propia realidad, igualmente significó toma de conciencia de su responsabilidad. Fue precisamente esa toma de conciencia la que inspiró un nacionalismo a veces depurado, pero sobre todo obligó al mexicano a meditar sobre sí mismo; de allí que hombres como Caso, Reyes, Vasconcelos, etcétera, empezaran a ocuparse ya del mexicano y lo mexicano; y que se intentara dar a México un significado universal. Que nos olvidáramos ya de imitar posibles modelos; que lucháramos por sacudirnos la absurda leyenda negra de la incapacidad del mexicano para gobernarse; para prosperar, en fin; que la revolución que nosotros escribimos con mayúscula hubo de darnos conciencia nacional y significó el principio de la propia evaluación como entidad étnico-geográfica.

Años más tarde, estos primeros intentos de reivindicación del mexicano producen generaciones sobre las bases de un interés propio: el mexicano, fuera ya de la enajenación de la imitación, empieza a encontrarse, a realizarse.

Esa idea central del mexicano permite en un momento dado una producción literaria e histórica más fundamentada en una meta precisa.

La historia de la revolución deja —como dijimos antes— de ser historia de bandos para buscar mayor afinidad y profundidad a las necesidades y realidades nacionales.



220 Eugenia W. de Meyer

La historiografía de la Revolución, tras intentar resolver su necesidad de tener un ser nacional, puede ahora transformarse en elemento selectivo y menos pasional. Sin duda el lapso transcurrido es por demás breve; los intereses, aunque con variantes, aún son los mismos; la gente afectada vive en muchos casos, y por ende los riesgos en estas circunstancias son muchos. Pero sí hacemos nuestra una vieja cita de O'Gorman en su "Carta sobre la Paz", que dice que "toda la historia es Agonía, es lucha de contrarios, es guerra puesto que es cambio, mudanza y movimiento"; ⁵ podemos concluir estas brevísimas anotaciones afirmando que en los riesgos y en su agonía, el mexicano ha encontrado el significado de su ser. Debe ahora, tras encontrarlo, realizarse plenamente.

⁵ O'Gorman, Edmundo. Carta sobre la paz. Cuadernos Americanos.; año viii, vol. xviii. Nov. Dic. 1949.